1

¡VENGA CA

233710



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cts.

1

233710

471 1505160

¡VENGA CADERA!

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

A bordo del «Neptuno», de la Compañía Sudamericana. Ya va poniéndose el sol. La troupe *casi* de varietés, que embarcó en Tampico con rumbo a España, se halla juergueando en el salón de fiestas. «Cuzcurra», falsificada cantaora gaditana se desgañita con sus

«¡Ay! mi mare, qué pena
que se me murió mi queré
y no hay quie puá enterra le,
¡ay. qué pena!»

Cuatro docenas de gorgoritos escachimizados y luego arrancarse por zapateao y ¡venga de ahí! y ¡ande la zambra! y aquello a los diez minutos era un hervidero.

Las pantorrillas movíanse rítmicamente! menudeaban los pescozones en los desopilantes glúteos de las dos danzaderas (ya eran dos) al furioso trotecillo de aquel atra-

R.3224098

yentísimo guitarreo.

Y seguía la coplita

¡ay! que penita mi mare

«¡ay mi mare, qué pena!...

—Vaya, niño, que pene... el que quiera, que yo me voy a cubierta.

—¿A cubierta y a qué?

—Pues... una citiranga con la Moños.

—¿La Moños? ¡Va! Le ha tomado a usted el moño, criatura. Esta da las citirangas hasta a los leones del Congreso de Madrid, que ya es dar.

—Pero tié buenas agarraderas. ¿S'ha fijao usté en aquel par de *granás* que la prenda mía manifiesta en lo alto de su busto?... ¡Comestibles del tóo!

—¡Ya lo creo! ¡Como que no le faltan comensales!... Más de cuarenta toreros ha convidao ella en una semana... Oiga ¡qué gorgoritos son esos, abajo!

—La «Salamandrilla», que estará ensayando alguna de las suyas.

Así era: la «Salamandrilla», acróbata «de salón», malabarista, cantadora, danzadora, prestimana y jugadora empedernida, por no citar otras muchas picardihuelas que eran su fuerte, ensayaba al piano con Padierna, el guasón aficionado que tecleaba tal cual, y más que en el piano de a bordo, en las protuberancias traseras de la proteica ar-

tista, y a gusto de ella, puesto que jamás iba a molestar para ninguno de aquellos menesteres al director en funciones, el mal humorado Sisenando (Chotero de apellido).

—¡Ahí; arriba de esa página!

—No veo: permítame que me acerque a las solfas.

Las «solfas» a que se refería eran los dos carnosos «bemoles» que la «Salamandrilla» ostentaba en el pechazo, gracias a un descote escandaloso.

—¿Le gustan mis músicas, joven!

—¡Más que la mermelada y el jamón!

—Pues hártese de solfear que nadie mira.

Aplicó el aprovechado Padierna su boca a los botones pectorales que le invitaban a la música de camera tan irresistiblemente y se dió un hartazgo, saltando del uno al otro.

Ella le dirigía con su mano puesta en el cogote del pollo, en tanto su mirada hacia el techo, simulaba ya los prolegómenos del goce supremo.

—¡Bas...ta!... ¡Basta!...

—¡Basto! querrás tú decir, ladrona... Mi «basto» para fallarte esas cuarenta en oros! ¿Me basto?

—¡Que desafinas, nenito!...

—Al contrario!... Ahora más abajo: permite: una entrometida por esta abertura y

llego a tu «partitura», que yo sé que es de las más modernistas y más melodiosas.

La partitura a que se refería Padierna constaba de dos «partes»: vulgo glúteos, o, si se quiere, asentaderas.

Estas hallábanse ya a merced de las dos manos masculinas y se removían febrilmente, en tanto el rostro de la genial artista, congestionándose por momentos con fuerza de placenteras sensaciones.

—¡Que me derrito, ojillos míos!

—¡A que no! Vamos, ahora el dúo ¿Quieres jugar tú con las bolas?

—¡Sinvergüenza!

—Nada de eso: ¿no eres una malabarista de mérito? ¡Velay!

—¡El malabarista lo has resultado tú, arrastrao!

—Sí; pero tus bolas, nena, me ponen a dos dedos de la aplopegía.

—¿Tanto gusto te dan?

—Mira mis cartas: te voy a fallar.

—A la noche, me fallarás lo que te apetezca; ahora podrían sorprendernos. Bésame aquí otra vez.

—¿Entre las bolas de marfil?

—Sí; y así yo disfruto y tu disfrutas.

—Plural: nosotros...

—El plural es que ya estoy toda revuelta. Vamos, que para eso de acompañar te

pintas solo y me resultas un maestro Chapí.

—¡Chapí, Chapí!

—Calla y no silabées, que nos van a echar en falta esos de la juerga.

—¿Me vas a dejar abierto el camarote?

—¡Natural, hombre!,.. Precisamente estoy allí sola; gracias a que el capitán, el guapo Rambales, me distingue mucho.

—¡Como no, si tú eres la reina de los juegos!...

—Y como juego con mi «Toto», si vieras en la litera.

—¿Te lengüetea el perrillo?

—Por todos mis rinconcitos, hijo.... ¡Es más alegre! ¡Y cuando tiene su cabecita aquí!... Me da unos empujoncillos con las orejas, que las tiene sueltas y voluptuosas, como ningún hombre.

—Gracias por la comparación. Me voy: estoy celoso de Toto. Como le pille, «perro al agua»: lo precipito al charco.

—¡Te guardarás muy bien!

—Allá veremos. Hasta luego, reina!...

II

Ya era hora de que el capitán Rumbales, jefe nato de todo aquel pequeño mundo

que poblaba el «Neptuno», quedara a solas con la preferida, la que le había echado el ojo.

El, desde lo del hechizo óptico, estaba más imposibilitado de pensar y de sentir que un besugo en Navidad, en los Mostenses.

—¡Mala entrañita!

—¿Se va usted a salir por cante?

—Es que te lo canto en diminutivo.

—Bien; yo quiero aumentativos y no diminutivos.

— Como mi telescopio.

—Pongo por caso. Vaya un instrumento, hijo.

—Sí; acerca mucho los objetos.

Eso es por lo que usté se acerca... Así, así... ¡aun puede estrecharse mejor contra mi muslo... No le hace.

—Toma mi telescopio...

—Se le voy a estirar yo mismita. Va usted a ver, salao!

—¡Prenda y reteprenda!... ¡Oh, que bien sabes manejarlo!

—Se lo voy a estropear...

—¡Quiá, no hay peligro!... Con la práctica que se ve posees para estas cosas náuticas.

—Náuticas si que no. Yo no soy más que gaditana. Por más que me crié en Sanlú-

car, y luego...

—A mí sí que me habrías de criar... Por falta de pechos no quedaría. ¡Cuidado que son ebúrneos!

—Tampoco sé lo que es eso. Pero se pueden tocar... ¡Sin miedo!...

—¡Y estas cerecitas chiquititas!

—¿Quieres que pruebe?... Lo que es mi boca ya se me abre sola.

—Lo creo... Yo no sé si es aprensión, pero este *telescopio* también se ha alargao solito.

Sonrió, gozoso, el capitán. Luego desabrochó por sí mismo algunos corchetes de los automáticos de la blusilla de la endiablada artista.

Ella se dejaba desabrochar, distraída como estaba en el telescopio. ¡Claro! Digo oscuro. Como era de noche ya, no podía mirar a distancia con el aparatito y se distraía encogiéndole y estirándole.

—¡Ya llego al estrecho Gibraltar!

—¡Cómo! ¿Estamos ya cerca de Cádiz de mi alma?

—Eso es un tropo.

—¿Un trompo?... ¡Jesús qué terminejos!

—Digo que ya te toco tu estrecho... Separa un poquito esas preciosidades de piernas, ¿quieres?...

—¡Uy, cosquillitas ahora!... Que lo soy!..

Anda. guasa, que me viene la risa... que me... ¡Ah!...

En tanto, sin perder un segundo, ya se había pegado la boca del guapo marino a las rojas miniaturas pectorales que tanto apetecía.

—Madresita mía! Y cómo aspiras, pelmazo! Una boquita así, con esos bigotes tan cariciosos, quisiera yo para mis ratos de osio. ¡Ah, qué desageración!... No, no... que vuelve a venirme la risa de antes. ¡Bobaso!

—¿La misma?... Será otra; que aquella ya... Y cómo meneas las caderas! Cadera! Cadera! Eso es!

—¿Así?... ¿Me pongo de pie? Quieres ver si muevo mejor yo mi popa.

—¡Ay! ¡qué popa! Más la quiero yo que la del «Neptuno».

—¡Caray!... Ni que te gustaran los cocos... ¡só desgalichao!

—Estoy hablando de mi buque, ignorante... ¡Mueve! ¡Mueve y remueve! ¡Olé! Eso es el pote del arrope que se va a derramar...

La verdad es que aquel par de soberbias nalgas, que adivinábanse aceradas y suaves al tacto! aquellos dos promontorios tan lascivos como incitantes para el capitán, a quien caíasele la baba al verles revolverse

y girar con furia... ¿A qué venía aquel desmesurado estallido de estremecimientos; aquella avalancha de besucones de ambos en los labios; de él a ella en el cuello, en las incólumes cúpulas satinadas que al cuello seguían en línea descendiente; el conjunto de avances y retrocesos que constiuían cuantos síntomas acompañan al desarrollo del acto sublime en que Adán y Eva ya pecaron en el paraíso, tenían una explicación.

— ¡Apriétame más! No pares, Percio. (El capitán llamábase Lupercio.) ¡Percio de mis entrañitas!

—¡Tus labios de fuego!... ¡Quiero tu lengüecita!...

—¿Toda?...

—¡Dámela! ¡Oh! Sí...

—No... Eso no... Pres...tar la... nada...

—¡Nado, sí; en un mar de placeres!

—¡Prestarla nada más!... ¡Muñeco!... ¡Ya le tengo aquí en el estrecho de Gibraltar!...

En efecto; «Salamandrita» se refería al telescopio, que no había soltado ni un momento de la mano. ¡Cómo le cobró cariño al lindo artefacto!

III

La «Cuzcurra», una de las viajeras, no

era cantaora, ni mucho menos, aunque le hayamos oído cantar una copla al principio de esta narración, como ya se ha manifestado al principio.

Era una mujer de historia; mejor dicho: tenía una «historia» preciosa y aun dos. La *historia*, o sea el símbolo femenino, con sus picantes tonos entre las masas carnosas que nadie ignora, con ricillos la mar de sugestivos y otras gracias igualmente ocultas.

Luego, su vida accidentada: tanto como su cuerpo, poblado de exhuberantes relieves; altibajos halagadores al tacto y más protuberancias o postrimerías que me río yo de los globos cautivos.

Los globos de la «Cuzcurra» servían para cautivar y aun examinar de cuantos cautivos ella conchivaba.

Oigámoslas, en su palique picaresco con la «Moños» y sabremos cosas sabrosillas de verdad.

—Pero ¿es tu marido el que vas a buscar a España?

—Sí; mi marido, o casi eso. El que me dió seis embites seguidos jugando conmigo al tute arrastrao, en la cama.

—¡Vaya; sí; fué un «arrastrao»! Pero ¿en la cama? ¡Qué rareza!

—Rarezas así teníamos muchas él y yo.

En la cama jugábamos siempre. Y con seis embites, en seis jueves distintos de seis meses diferentes, ¡nada! ni un mal crío. ¡Con lo que a mí me gustan los rorros!

¡Bah! Yo no soy «Cuzcurra» ni un tanto así; ni toco los palillos más que por casualidad; prefiero que me los toquen.

—Bien: yo te los toco... ¿Es así? ¡Te vas a marcar ahora conmigo unos panaderos!...

—¡Ah! ¡Panadero era ese desastrao de mi hombre!

—¿El del tute?

—Sí, hijita. Para que me costara menos el viaje que he fingido cantaora y bailaora.

Pero, pa mí, que no me tira eso, ¡vaya! Prefiero el tute.

—Vamos, sí; que te *tu teas* con el primero que llega... Y que te toque...

—¡Eso! Los palillos. No sé, pero en tocándome eso, me abro aún de piernas, saco la lengua y ya principio con la danza; vestida en pantalones, o en camisa; como me halle... ¡igual da!

En aquel momento penetró Celemín en el camarote; empuñaba las castañuelas.

—«¡Clás! ¡carrasclás! ¡Ras! ¡Ras!

¡Cata-cata-catarás». Así paesen desir mis palitroques ¿eh, «Cuzcurrilla?»

—¡Ay, Celemín!... Que ahora estaba

tratando yo de eso... ¡Déle hijo; déle!

—¡Cómo, «hijo, déle!»... ¡Vaya una le...! ¡Qué manera de expresarse!

—¡Que le dé a los palitroques, pelmazo! ¡Que yo al vérselos a usté!...

—Pero ¿se me ven? Cuidado que quería ocultártelas, porque sé lo que te encalabrinas... No le pasa lo mismo a «Salamandrita», mi costilla.

—¡Sí que se le ven! Se conoce que le salen solos por ahí, por esa abertura.

—Y que son regulares, castizos ¡vaya! ¿no opinas?

¡Toma! Como todos los demás! A ver; que yo los toque, voy a probar...

—Prueba, «Moñitos», prueba. A ver si se arranca ésa, tocándolos tú.

«Moños principió un repiqueteo magnífico, asombroso.

Celemín se movía en su asiento como si tuviera alferecia.

El perfecto trabajo de Paca, la «Moños», le llenaba de admiración, y seguía el repiqueteo con ojos cada vez más excitados, más en blanco.

—¡Sigue! Que te estás portando. ¡Chacha!... ¡Cachonda! ¡De mano maestra! ¡Por mis difuntos, que te relato nada más que la chipen!

También se conoce, gozaba de firme la



«Cuzcurra» — por otro nombre Clarita Colmenar — porque empezó a quitarse prendas de encima.

Primeramente cayó el corpiño: botaron fuera del corsé dos preciosas esferas, ricas en curvatura y en lascivos movimientos.

Luego (siempre continuando el motivo de peteneras que la «Moños» iba cantando al compás de los palillos), fueron al suelo el refajo, simple y corto, por el que asomaban las retadoras pantorrillas. Finalmente, quedó en sencilla camisa, y ciñéndosela a las ampulosas caderas, comenzó a cimbrear todo el cuerpo, a sacar la punta de la lengua, a mirar con lubricidad y deseos insatisfechos al buen Celemín: a aproximarse a él, como atraída por la labor afiligranada de la cálida «Moñitos», que no cesaba en su repiqueteo palillil.

—¡Anda!... ¡Con...ti...núa!...

—No te detengas y venga matraca, que se me va a salir la dicha por todos los poros...

—¿La qué?

—Dichá, he dicho: Y apúntate que la «Moñitos» es la primera palillera. Y cuando yo digo dicha, digo desborde... Y trae acá este abdomen gracioso: y alcemos este telón importuno. Que yo vea toda tu decoración. Ahora es de bosque! ¡Vuélvete del

revés!

—Y ahora es de huerta, ¿no opinas, perdido? ¿No es una sandía de las más comestibles esta que te ofrezco? ¡Anda! Hinca el diente.

—No puedo; ésta, que no me suelta las castañuelas.

—¿Qué tal mis panaderos?...

—Que ¡esto sí que es moler harina y lo demás frígoles verdes! ¡Mira tú!

***

Renunciamos a reseñar cómo terminó aquella extraña escena, entre Celemín y las dos adorables prójimas. Todos podéis figuároslo, dado lo poco que podemos mostrarnos expansivos los autores que laboramos, sin placer, para la *Colección Placer*. Que si nuestra pluma pudiera correr libremente. ¡Ah! ¡Oh! ¡Uh!... (Y varias vocales más.)

Llevemos nuestra atención, siempre despierta, hacia la toldilla de proa. En plena noche, mientras la hélice del «Neptuno», dale que le das, á las espumosas olas, impele el colosal monstruo hacia nuestra península, el que observara por los camarotes al buen tún-tún acaso, descubriera sabrosísimas escenas dignas de ocupar nuestra atención.

IV

Primer camarote de la derecha: Hay algo de luz... Una pera nada más. Queremos decir una pera (o bombilla) eléctrica;—no seais maliciosos—esparce su brillante haz luminoso sobre ciertas superficies muy blancas, muy homogéneas, muy...

¿Qué será aquéllo? Sencillamente, las caderas de la «Salamandrilla». Aquellas caderas rollizas, triunfales, deslumbrantes de nitidez y de dureza; sólo comparables a las de la Venus Calipigia de que nos hablan los «Autores Selectos», como Brantome, Bocaccio; y más acá—bastante más acá—Trigo, Belda, etc., en sus eróticos libros que tanto anhelan repasar nuestras chicas solteras, para recrearse por las noches.

Precisamente «Salamandrilla» soñaba y creía tener aun entre sus manos o en otros sitios mejores el bello telescopio del no menos aguerrido capitán Rambales.

Oscilaban, pues, los ampulosos promontorios con lúbricos contoneos, con casi espasmódicas oscilaciones de una forma suprema, sensualísima.

Todo lo observaba por el ojo de la llave un marinero, robusto y bien plantado, el cual, como no podía aguantar con serenidad tales vaivenes carnosos, se entretenía sobando y resobando el extremo de un calabrote que al azar había cogido y así se conformaba.

En otro camarote el espectáculo era más sugestivo todavía.

Dos mocitas de unos veinte a veintidós primaveras, con rostros de líneas purísimas y de formas y contornos corpóreos desarrolladísimos con sus esculturales pares de muslos casi al aire, estaban atentas en ver las contorsiones raras y por demás excitantes para ellas de una anguila amaestrada que había pescado tiempo atrás y conservado el segundo de a bordo, que respondía al nombre de Pablo y se hallaba muy a gusto entre aquellas dos virginias, superiormente dotadas por la Naturaleza.

—¿Ves cómo era verdad? La tengo amestrada desde pequeñita.

—Sí, es verdad ¡mira cómo se menea al acariciarla.

—¿Qué sensible, verdad, Caroli?... Déjame ponerle los dedos en la cabeza.

—Que cabecita más cuca. ¿Véis?

—¡Ay! ¡qué gusto!... Y ¿no se deja besar?

- En la cabeza nada más. ¡Anguila! ¡Monina; Mira que cariñosotas son las dos.

El segundo de a bordo disfrutaba con

aquellos manoseos, sobos y osculitos tan sabrosos,

¡Con lo que le complacían a él los os-culitos sabrosos y bien hechos!

Pasemos aún revista a algún otro de los camarotes, pues conocemos lo insaciables y curiosones que los infinitos eróticos que nos leen, resultan por lo general.

Estamos en los camarotes de tercera Advertiremos que el «Neptuno». «mecido» desde puesta del sol hasta eso de las diez de la noche, por las traviesas ondas, comenzaba a oscilar de babor a estribor con más encontrados movimientos, casi con algo de protesta muda ante el sinnúmero de parejas, duos y trios lascivos que conducía en su seno.

Vemos (siempre con la imaginación, por supuesto) en una ringlera de lechos unos encima de otros con estas curiosas estanterías en que duermen personas, como si fueran cajas o paquetes en un almacén de mercería, vemos—repito—que unos duermen y otros no, como lo natural. Particularmente los dos más próximos al suelo del buque que ocupan la derecha, llaman nuestras miradas y atraen nuestra indiscreción (que es mucha y muy aguda). Del lecho superior se desprende un brazo; este brazo dispara una mano hacia abajo y va a posarse encima un objeto, perteneciente al inferior.

El individuo que este lecho ocupa se estremece, se agita.

La mano se agita más en las regiones altas: al brazo de antes sigue un procioso hombro de mujer, luego, al hombro sigue un bello seno desnudo que asoma picaresco por de bajo del brazo...

Sigue agitándose el viajero inferior como si el utensilio que abarca la linda mano femenil fuera de su más cara e inalienable pertenencia. Y ahora viene lo mejor de todo lo referido. Cuando más embebidos están ambos en tan misteriosa y (por las trazas) sabrosa tarea, el «Neptuno» que es un guasón muy peligroso, es decir el enorme navio, cuyos bandazos siguen en crescendo, en uno de éstos, más pronunciado y fuerte, impele con empuje puramente centrífugo el cuerpo femenino hacia fuera del lecho que ocupa, pero como resulta que el cuerpo masculino (que ocupa el lecho inferor) hallóse en contacto, casi amarrado a la mano regordeta y ágil supradicha, sucede lo natural y lógico, aunque no por ello, menos extraordinario: y es que por la sola voluntad del buque—como si fuera el propio «Neptuno» el dios de los mares y estuviera redivivo, obligó

a acoplarse por dicha suya a aquellos dos seres que estaban «telefoneándose» ya hacía rato y vino a terminar el accidente fortuito y libertino a no poder más en dos formidables, dos supremos:

—¡Oh! ¡qué gusto!

—¡Amor mío! ¡Soy tuya! ¡Tó... ma... me!

V

Con lo que había corrido el champán a raudales, por docenas de botellas (todo ofrecido y costeado por el rumbosísimo capitán Rambales) las cabezas se hallaban trastornadas, los cuerpos anhelosos de jaleo y los marineros mismos, dispuestos a correrla con todas y aún con la más fea de las viajeras.

Fea del todo, ninguna, si hay que ser verídicos.

Pero, eso sí; sicalípticas y atrevidas y con apetitos carnales desordenados y voraces, todas: la «Moñitos», la «Salamandrilla», la «Cuzcurra», las dos lindas muchachas, ya amigas inseparables de la «anguila libertina» (propiedad del segundo de a bordo); ninguna de ellas pensaba aquella noche acostarse en su lecho.

—De algún modo hay que celebrar al hallarnos ya a la vista de las islas Baleares! aseveró, con entusiasmo Rumbales.

—¡Eso, eso! ¡Las Baleares! Mira tú que *baleares* dinero, tú, capitancete rico!... Y tan «champañoso» como está el nene esta noche.

—¡Nada!... ¡viva Lupercio! Y viva con su *¡Nertuno*!—voceó desacompasado, Celemín.

¡Calla, maridote! Calla, tú, Cele; feotón, que allá voy yo con mi programita. ¡Aten... ción!

—Que no aten nada... ¡Qué se desaten las lenguas!...

—Aten... ción. Es lo que pido... Y pido porque puedo y porque me autorizo yo misma desde la proa a la popa... ¡y mutis!

Al pronunciar «proa y popa» golpeábase «Salamandrilla» (que era la preopinante) los pechos, siempre desafiadores y las magnas asentaderas, abismos de lujuria y de pecado, removientes y ansiosos de recibir alguna azotaina o cachetina..

—Primero la «Moñitos», con los palillos en la mano se marcaría unas sevillanas en camisa y con un susini en la boca. Segundo...

—¡Servidor!— contestó un marinero, creyendo era a el a quien llamaban.

—Segundo: Padierna y la «Cuzcurra» harán el numerito del «Toma y daca», en pañitos menores, también. Tercero: Eso por no ser menos Sisenando Chotero, nuestro director, nos pondrá la miel en la boca con sus rasgueos en la guitarra... Este en calzonzillos solamente, por si diera la casualidad de llevar la camisa remendada.

Grandes ris«s acojieron la guasona suposición.

—Finalmente, yo; esta probetica pecaora os va a... vamos; que os va a llegar a ostés a lo vivo con... con lo mío ¡caray! Se puede pedir más a la popa que traigo por andar por casa?

—¡Venga Cadera! ¡Caderita! ¡Cadeeéra!—apoyó chillando el capitán.

Comenzó acto seguido el desarrollo del programita que ¡cuidado si se las traía!

En menos que canta un gallo o en mucho menos que dá una de sus «espantás» el otro «Gallo» coletudo y barbián, aligerándose de ropa las bellezas femeninas.

¡Vaya un pantorrillaje pistonudo! Allá van media docena de astros rutilantes posteriores, desarrollados en curvas turbadoras y capaces de descarrilar un tren de mercancías.,. desde lejos.

La «Moñitos», en vez de las sevillanas pedidas, que conceptuo de gran sosería,

marcóse una machicha descuajante y morrocotuda.

Ya con uno de los palillos, ya con el compañero (en tanto que perneaba a más y mejor, al aire de la linda y corta camisa), golpeábase en ambos senos, produciendo aquellos choques un castañeteo por demás afrodisíaco y sabía a encanto nuevo en la gama de las danzas raras para todos los espectadores. Luego juntaba y separaba las macizas piernas y rodilla por rodilla, fué obsequiando todas las piernas mascunas con el contacto rápido y superexcitante de su suculenta entrepierna. Luego continuó su baile caderístico y embriagador, mientras que el capitán Rambales que tenía un remo en la mano, iba levantando paulatinamente la linda nube que ocultaba la magnífica luna, resplandeciente de blancura y nitidez de la «Salamandrilla» y entonces el rutilante astro, partido por gala en dos sorprendentes porciones igualmente vívidas y rotativas, comenzó a recorrer los espacios... de la toldilla admirando a todas y a todos y logrando finalmente, a fuerza de prodigar la libertina visión, que no solamente el telescopio de Rambales, sino todos los telescopios de aquellos astrónomos de nuevo cuño se levantaran en dirección a la es-

plendarosa luna, para contemplarla y rendírla el debido homenaje.

. . . . . .

A todo esto clareaba el nuevo día.

Los picos de Mallorca aparecieron por Oriente, cuando nuestros viajeros, satisfechos y repletos de encontradas emociones espasmódicas y de todas las categorías imaginables, saludaron con «vivas» prolongados, frases regocijadísimas y alaridos, la próxima llegada a la Península. Con ellos llegaba un precioso contingente de locuras amorosas y expansiones eróticas, siempre triunfantes y bien recibidas en todos los ámbitos de la tierra.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas.—Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera!

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO 10 CTS.

COLECCIÓN

¡¡ VIVA LA GRESCA !!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachendonamente bien escrito.—Riquísima presentación.

CADA TOMITO 20 CTS.

Publicaciones Alegres Barcelona - Buenos Aires